

**AL AMIGO Y MAESTRO.
EN HOMENAJE AL
DR. ENRIQUE GIMÉNEZ LÓPEZ**

Observará el lector que, quien escribe estas líneas, ha alterado el orden de las palabras que dan título a este volumen. No ha sido una decisión caprichosa. Tiene su justificación, como comprobará a poco que tenga la paciencia de leerlas. A día de hoy me encuentro en una situación inesperada y en absoluto deseada pues, de modo súbito y a un mismo tiempo, me he convertido no sólo en el miembro más antiguo del Departamento junto con Primitivo Plá sino, además, en el más mayor. Ignoro que se espera de mí en este trance que supone abrir un libro-homenaje; pero ya adelanto que, en estas páginas, no pienso evitar mezclar la emoción, el sentimiento, con el profundo respeto académico que siempre he profesado –y profeso– a quien considero, al igual que quienes con sus estudios participan en este libro, mi amigo y maestro.

Cuando conocí a Enrique Giménez, hará la friolera de unos 35 años, yo era todavía un estudiante de 4º curso de la vieja y añorada licenciatura de Geografía e Historia en la recientemente creada Facultad de Filosofía y Letras dependiente de la Universidad de Valencia al que, por culpa o, más bien, gracias a un inquieto profesor de la asignatura de Historia del Arte en la Edad Moderna que se impartía en segundo de carrera, le atraía sobremanera la investigación en los archivos. Éramos un grupo reducido, no más de treinta personas, que a esas alturas de la licenciatura acariciábamos la posibilidad de aprovechar al máximo las opciones de futuro que se nos ofrecían entre asambleas, jornadas de lucha, huelgas y similares. Las vetustas y modestas instalaciones del viejo aeródromo militar que habían dado cobijo al Centro de Estudios Universitarios y que, sin solución de continuidad ni novedosas infraestructuras, cedían paso a las nacientes Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias contrastaban con el empuje de unos profesores jóvenes y entusiastas, accesibles en grado sumo que, imbuidos de eso que denominamos

saberes universales, consiguieron disuadirnos de no marchar a concluir nuestros estudios a la Universidad de Valencia que, a la postre, constituía nuestra meta. Recuerdo cómo, durante el ajetreado verano de 1977, muchos de nosotros anulamos el traslado de matrícula a la ciudad del Turia, deshicimos contratos de alquiler de pisos buscados con lupa para adaptarlos a nuestras modestas economías y apostamos por el naciente campus alicantino. Fue una decisión de lo más acertada que nos permitió disfrutar de unas clases muy parecidas a los seminarios donde se leía y discutía mucho, se aprendía bastante, y en las que aquellos profesores y profesoras que tanto contribuyeron a crear, casi de la nada, la Universidad de Alicante procuraron educarnos en el sentido aristotélico del término. El momento, pese a las estrecheces e incertezas, era idóneo y Bolonia no pasaba de ser, por entonces, un histórico referente universitario.

Enrique Giménez no llegó a ser profesor mío, aunque desde 1975 ya era Ayudante de clases prácticas en el antiguo CEU. En aquellos tiempos impartía asignaturas vinculadas a la Historia Contemporánea y yo me había decantado por la especialización en Moderna, lo cual no fue obstáculo para que muy pronto entráramos en contacto. Actuó de intermediario Rafael Navarro, el profesor de Arte al que aludía líneas atrás y que acabó compatibilizando sus tareas docentes universitarias con la dirección del Archivo Histórico Municipal de Elche; y la razón o excusa fue definir un tema para elaborar mi Memoria de Licenciatura –ay, la vieja tesina–, que yo quería defender nada más acabar la carrera, como así fue. El encuentro, allá por la primavera de 1978, fue muy cordial y ambos me convencieron de la conveniencia de estudiar la evolución del complejo sistema de regadío de la huerta de Alicante y su modélico referente: el pantano de Tibi. Rafael Navarro insistió en la singularidad de esta impresionante obra hidráulica de finales del siglo XVI y Enrique Giménez me hizo ver la estrechísima vinculación existente entre la ciudad de Alicante, importante núcleo portuario de clara vocación mercantil como demostraría en su tesis doctoral, con su huerta; apenas un secano mejorado gracias al riego del pantano de Tibi pero con una nada desdeñable producción vinatera. Me ofrecieron todo su apoyo para introducirme en la vetusta rutina que imperaba en el Archivo Municipal de Alicante, pero sobre todo su amistad, y, en última instancia, me recomendaron que me dirigiera al profesor Antonio Gil Olcina, joven catedrático de Análisis Geográfico de ya bien ganado prestigio recién llegado para poner en marcha la futura universidad y que, a la postre, se convertiría en director de mi Tesis Doctoral y en uno de mis maestros. Porque yo he tenido la infinita suerte de tener no uno, sino hasta tres maestros, pues al magisterio de Antonio Gil debo añadir el de Antonio Mestre y, por descontado, el de

Enrique Giménez. A todos ellos se lo reconocí dedicándoles en 1999 un libro que inauguraba la línea de investigación que, hasta hoy, sigo cultivando y que, en cierta medida, intentaba plasmar algunas de las muchas cosas que me habían ido enseñando. Entre ellas, el papel que los *condicionantes* naturales y físicos desempeñan en el desarrollo de todo proceso histórico, el carácter poliédrico y fascinador que ofrece el siglo XVIII hispano así como la ineludible obligación de todo investigador de pertrecharse de un gran aparato crítico y documental, de aplicar una correcta metodología acompañada del imprescindible rigor científico, someter a discusión tanto las hipótesis como los primeros resultados de la investigación y, como estrambote, lograr que éstos sean comprensibles no sólo por los considerados especialistas; es decir, se trataba de escribir Historia con una prosa pulcra y atractiva.

En Enrique Giménez, pues, hallé antes al amigo, al confidente y al consejero; el maestro vino después. Tras obtener una modesta beca de FPI (Formación del Personal Investigador), y con la generosa aquiescencia del profesor Antonio Gil, me incorporé a comienzos de 1980, junto con mi compañero de carrera y fatigas Primitivo Plá, al naciente Departamento de Historia Moderna que integraban Antonio Mestre, Mario Martínez y Enrique Giménez. A partir de ese momento he compartido con Enrique muchísimas cosas. La mayoría académicas, pero también de otra índole. Y en ello seguimos. Entre aquéllas destacan –no podía ser de otra manera– las interminables sesiones en archivos de muy diferente entidad; pero si hubiera que escoger me quedaría con dos: el, por entonces, destartado Archivo Municipal de Alicante, donde sabiamente guiado por él velé mis primeras armas en compañía de otros investigadores que andaban enfrascados en sus tesis doctorales; y el Archivo General de Simancas, donde en estancias semanales pre-veraniegas que institucionalizamos durante varios años comenzamos a gestar buena parte de nuestras posteriores investigaciones y donde, siempre lo hemos dicho, encontramos el apoyo, la amistad y el consejo de sus funcionarios. Con Enrique Giménez perfilé el esquema de mi tesis doctoral –cuyos borradores leyó y mejoró–, salí por primera vez a un congreso fuera de España, sufrí solidariamente –en calidad de acompañante– los efectos demolidores de aquellas oposiciones a Adjuntías tan diferentes de las actuales acreditaciones, fui testigo directo de la edición de su primer libro –su Tesis Doctoral, dirigida por el profesor Artola–, participé en el primer proyecto de investigación que, liderado por el profesor Antonio Mestre, nos concedió la extinta CAICYT, me curté en el desempeño de cargos de responsabilidad académica cuando aceptó ser vicerrector y yo me integré en su equipo y, por descontado, disfruté cuando obtuvo la cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Alicante en 1988.

Imposible olvidar las muchas horas pasadas con el amigo que se iba convirtiendo en maestro. Tiempos en los que, junto con la preparación de clases para quienes cursaban las asignaturas asignadas a la época moderna en los grupos de diurno y nocturno, se sucedían los ensayos para defender la Tesis –en mi caso–, los suyos para hacer frente al primer ejercicio de las oposiciones –luego me tocaría hacerlo a mí ante él–, la ejecución de un proyecto con alumnos de licenciatura consistente en el vaciado sistemático de series de protocolos notariales, la puesta en marcha de la *Revista de Historia Moderna*, fundada por Antonio Mestre, o la consolidación departamental gracias a la progresiva incorporación de profesores que llegaban de otras áreas, como Juan Rico y María José Bono, o de becarios de investigación hoy ya convertidos en profesores de universidad, autores de los estudios que conforman este volumen. Años complejos los de la década de los 80 y comienzos de los 90 del siglo pasado, plenos de cambios acelerados en todos los órdenes pero que, comparados con los que nos está tocando padecer –nunca mejor empleado este término–, provocan algo más que nostalgia. Años en los que también aprendí que involucrarse y participar activamente en la gestión de la cultura merecía la pena –aunque no rindiera beneficio económico alguno– y que, además de la universidad, había otras opciones para transmitir conocimientos. Eso también me lo enseñaron Enrique Giménez y otros compañeros con quienes no dudé en compartir trabajo y responsabilidades en diferentes instituciones que decidieron apostar sin reservas por acercar la cultura al ciudadano de muy diferentes maneras, a cual más efectiva.

Exigente en el trabajo, enormemente respetuoso con las investigaciones de los demás –insistía en que jamás debíamos interferir en el trabajo de los compañeros–, implacable en la defensa de sus ideales académicos que nunca dejaba de transmitir, enamorado de la docencia y volcado en la tarea investigadora. Tanto en los difíciles comienzos del Departamento de Historia Moderna como en los de consolidación posterior, en los que tan decisivo papel jugó Antonio Mestre, Enrique Giménez fue capaz de aglutinar en torno suyo, sobre todo a partir de 1989, a un colectivo entusiasta que él, siempre modesto, solía denominar de colaboradores y que nosotros, quienes escribimos en este libro que pretende homenajearle, elevamos a la categoría de discípulos. Como corresponde y es de justicia. Y porque le avala una trayectoria académica impecable, muy difícil de resumir en estas apretadas páginas, pero de la que voy a intentar dejar unas pinceladas.

Enrique Giménez ha trabajado en casi todas las parcelas del siglo XVIII: economía, sociedad, ciencia, política, cultura y religiosidad. Pero nunca las ha tratado como compartimentos estancos, sino estableciendo las imprescindibles contextualizaciones para que el hecho histórico objeto de

su atención adquiriera la dimensión precisa dentro de un conjunto en el que pocas variables quedaban fuera del análisis. Un vistazo a su currículum, que ha preparado David Bernabé, confirma lo que acabo de apuntar. Sus primeras contribuciones resultaron decisivas para fijar con precisión la importancia de Alicante durante la Edad Moderna. En este sentido, su primer libro *Alicante en el siglo XVIII. Economía de una ciudad portuaria durante el Antiguo Régimen* (Valencia, 1981) se convirtió de inmediato en referente imprescindible de una renovada historiografía valenciana modernista que, por entonces, comenzaba a dejar sentir los frutos de la impronta de reconocidos maestros. Enrique Giménez dedicó muchos estudios al análisis de la sociedad y economía alicantinas durante este período, e influyó poderosamente para que otros, entre los que me incluyo, profundizaran en aspectos que él apuntó: las estructuras agrarias, la producción y comercialización de diferentes productos, la complejidad jurídico-económica existente en los territorios de realengo y señorío o el peso e influencia de las oligarquías municipales y regnícolas durante la época foral y tras la Nueva Planta. No sólo investigaba para sí, abría constantemente opciones nuevas para que otros las pudieran explorar.

Porque una de las cualidades de Enrique Giménez ha sido –y es– saber con certeza cuándo una línea de investigación había dado de sí todo lo que podía; de ahí su –digamos– versatilidad no exenta de habilidad –y esto lo proporciona el «saber» acumulado– para encontrar una veta nueva en la que hincar su inquisitiva picoleta. Una estancia de tres meses en Simancas en el ecuador de la década de los ochenta del pasado siglo le permitió pertrecharse de un abundante y sustancioso material documental con el que afrontó, desprovisto de prejuicios y apriorismos, el estudio de los instrumentos de poder empleados por la monarquía borbónica en territorio valenciano desde la promulgación de los Decretos de Nueva Planta hasta la crisis del Antiguo Régimen y que convirtió al viejo reino de Valencia en una provincia militarizada hasta extremos insoportables, y a los militares en protagonistas y responsables absolutos de la gestión política y administrativa. *Militares en Valencia (1707-1808)*, libro aparecido en 1990, fue la primera de un torrente de aportaciones que, bien en forma de libros –suyos o de sus discípulos y discípulas–, de artículos en revistas de impacto, de tesis doctorales o desarrollando proyectos financiados por el ministerio de turno cubrieron un decenio y, desbordando el espacio geográfico objeto de inicial estudio, llegarían a abarcar otros territorios de la monarquía española. Su libro *Gobernar con una misma ley* ofrecía, en 1996, un espléndido estado de la cuestión; con *Los servidores del rey en la Valencia del siglo XVIII* (Valencia, 2006) se permite una decantación suprema del saber acumulado en la que el análisis

del aparato del poder en Valencia desde todos los aspectos (militar, económico, judicial y territorial) es acompañado de un repertorio biográfico de todos los protagonistas con el que rinde su particular homenaje a los estudios prosopográficos más clásicos. Más recientemente, en el año 2011, nos ha regalado una excelente reflexión sobre el significado que para Valencia tuvo el reinado de Felipe V. Con una prosa amena y asequible desgrana, con rigor y eficacia, las consecuencias que la derrota de Almansa deparó a un reino considerado «rebelde» y sometido «por la fuerza de las armas». *Felipe V y los valencianos* (Valencia, 2011), pues tal es su título, es un libro llamado a convertirse en una suerte de prontuario para resolver todo tipo de dudas acerca de un período complejo de la historia valenciana.

Pero entre 1995 y nuestros días media un amplio espacio cronológico en el que las inquietudes investigadoras de Enrique Giménez no han cesado de agitarse. Gran conocedor del siglo XVIII español, en el que se mueve como pez en el agua, decidió sumergirse en uno de los muchos aspectos atractivos que encierra y que él, experto como pocos en el estudio del «poder», sabía que todavía ofrecía grandes posibilidades de progreso: el regalismo. Ello comportaba, obviamente, aproximarse al antirregalismo y, por descontado, a sus más cualificados defensores, los jesuitas. En este campo Enrique Giménez se ha convertido en una autoridad, tanto en España como fuera de ella. Sus contribuciones, abrumadoras en número, han sido decisivas y unánimemente reconocidas. No quiero abusar del paciente lector con una retahíla de citas bibliográficas que, por otra parte, se pueden verificar en el currículum que sigue a estas páginas preliminares; pero sí debo señalar, al menos, las que considero capitales en la reciente historiografía española. *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles* (Alicante, 1997) supuso el arranque de esta fértil línea de trabajo a la que de inmediato incorporó, con éxito, a un conjunto de investigadores que, a su vez, han enriquecido sobremanera el panorama con sus contribuciones. La edición de parte del epistolario que recoge el viaje por Italia de Juan Andrés Morell, jesuita alicantino exiliado y uno de los más grandes intelectuales que nos legó el siglo XVIII, es otra obra de referencia. Su amplio y magnífico Estudio Preliminar —un auténtico libro por sí sólo— hace justicia al personaje y a la época, a la vez que convierte en imprescindible esta publicación del profesor Giménez que lleva por título *Bolonia, Florencia, Roma. Cartas familiares I* (Alicante, 2005). Sus dos últimos libros, también de ineludible consulta, tienen por protagonista al murciano José Moñino, primer secretario de Estado durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, más conocido como conde de Floridablanca. Es bien sabido que el título le fue otorgado por Carlos III tras cumplir con eficacia la difícil misión diplomática que,

entre 1772 y 1776, le llevó a Roma para obtener del papa Clemente XIV la extinción de la Compañía de Jesús en el verano de 1773. En 2008 la Universidad de Murcia publicó un espléndido libro bajo el título *Misión en Roma. Floridablanca y la extinción de los jesuitas* y, un año más tarde, aparecía pulcramente editada y acompañada del pertinente Estudio Preliminar la correspondencia que, desde Roma, remitió Floridablanca al respecto. Titulado *Conde de Floridablanca. Cartas desde Roma para la extinción de la Compañía de Jesús. Correspondencia, julio 1772-septiembre 1774* (2009) este volumen de más de 600 páginas constituye, por ahora, la última contribución –capítulos de libros o artículos al margen– de Enrique Giménez a esta temática.

A buen seguro no será la única. Como tampoco su dedicación a otros campos que comenzaba a cultivar pues, desde 2006, me ha honrado con su participación en proyectos de los que soy Investigador Principal y que, a priori, pudieran parecer muy alejados de sus inquietudes. Nada más lejos de la realidad; su aportación ha sido como acostumbra y como nos ha enseñado siempre: sin ningún tipo de reserva y contribuyendo con estudios que han enriquecido los resultados de los proyectos. Por eso –y por muchas otras razones– vamos a notar su ausencia. Porque el 30 de septiembre de 2011 el profesor Enrique Giménez López puso fin a su larga y fecunda trayectoria académica en la universidad de Alicante. Pocos meses antes, una mañana de mayo, me había hecho partícipe de su decisión tras entrar en mi despacho y, cosa inhabitual, cerrar la puerta que siempre mantengo entreabierta. La conversación fue muy breve; lo justo para decir que lo dejaba y que yo era el primero en saberlo. Confieso que en ese instante sentí una tremenda sensación de desamparo que no me ha abandonado totalmente desde entonces y que, de tanto en tanto, emerge y me devuelve a la realidad. Una realidad dominada por eso que dan en llamar «los mercados», por crisis de todo tipo, por la incertidumbre, por la indignación ante lo que nos están haciendo pasar algunos, por la mediocridad generalizada, por el maltrato creciente a las Humanidades, por las imposiciones encorsetadoras y esterilizantes del plan Bolonia que tanto preocupaban a Enrique Giménez y que, quizá, han tenido un peso fundamental en su decisión.

Quienes escribimos en este libro encabezados por Antonio Mestre, maestro de todos, nos consideramos discípulos del profesor Giménez López pero también sus amigos y queremos rendirle homenaje con nuestros trabajos a la vez que decirle que continuamos –y continuaremos– en la brecha pese a la que nos está cayendo. Que en los peores momentos vamos a añorar sus comentarios y opiniones, siempre prudentes y educados pero no por ello exentos de contundencia cuando hacía falta. Que reclamaremos su presencia

tantas cuantas veces vislumbremos alguna esperanza o vayamos a celebrar algo. Que contamos con él para todo. Y que seguiremos demandándole ayuda y consejo. Porque un maestro nunca se jubila. Y un amigo, menos.

Armando Alberola Romá
Confrides (La Marina Baixa), febrero de 2011